

Los Fuegos de Niohöggr

Jessica Galera Andreu



Capítulo 1

1. Leyendas

Contaban que dormía con su espada y que esta le susurraba por las noches el itinerario de un camino trazado por los dioses. Nunca se separaba de ella. El acero vaticinaba el número de gargantas que sesgaría a su paso, la cantidad de sangre que derramaría y con la que, poco a poco, acabaría escribiendo su propia leyenda; una leyenda que perduraría para siempre a través de los tiempos, como las de los grandes guerreros que le habían antecedido. Su padre. Su abuelo...

Thorlak cruzó el asentamiento en el que se había establecido su clan y observó, satisfecho, los preparativos para la incursión. Aún habrían de esperar unas pocas semanas hasta que la primavera trajera consigo los primeros deshielos y el clima les facilitase la larga travesía, pero aun así podía percibirse ya la exaltación que precedía a toda marcha.

Encontró a su hermano pequeño junto a los caballos una vez había terminado de descargar los suministros. Su llegada originó la abrupta espantada de Dalla, que lo saludó con un murmullo ininteligible y salió corriendo de allí, como si temiera su presencia.

Thorir se encontró con la pícara sonrisa de Thorlak, que apoyaba su mano sobre la empuñadura de su espada.

—¿Qué? —preguntó el mayor de los hermanos—. ¿De nuevo te ofrecía su llave?

—Por Odín, déjalo ya.

—Podría ser un buen plan a tu regreso de la incursión, ¿no te parece, Thorir? Una buena chica como ella, un hogar, hijos...

—¡Tengo dieciséis años! —exclamó él, escandalizado.

—¿Y qué?

—Y ningunas ganas de tener hijos... menos aún con Dalla.

—¿No te gusta? Es un tanto asustadiza, pero... —Thorlak alzó las manos, atendiendo a la exigencia en la mirada de su hermano—. Me callo.

Pocos se atreverían a exigirle algo a Thorlak.

Alzó la cabeza, observando los bultos que Thorir había descargado.

—Has hecho un buen trabajo —observó—. El sol pronto se ocultará, déjalo ya. Mañana cargaremos los primeros suministros en los drakkars.

Le echó el brazo por encima del hombro y empezaron a caminar con despreocupación, alejándose de allí. El ocaso abrazaba el campamento del clan y la bulliciosa actividad de las horas previas decrecía, convirtiéndose en una lenta procesión de hormigas que punteaba la oscuridad con fogatas y antorchas

—¿Cómo estás?

—Ansioso —admitió Thorir—. No veo el momento de embarcar y llegar hasta esa tierra de la que hablabas.

—Refrena tu entusiasmo, hermano. Las incursiones no son ningún paseo, digan lo que digan los escaldos.

—Lo imagino, pero... —Thorir se detuvo y Thorlak lo hizo también, algo más adelantado—, es mi primera incursión y quiero... quiero ser digno de ti.

Un largo silencio le concedió una visión diminuta de su hermano y discernió un brillo febril en sus ojos azules. Se reconoció a sí mismo años atrás, diciéndole algo parecido a su padre. Thorlak recorrió de nuevo los escasos pasos que lo separaban de Thorir y colocó la mano sobre su hombro.

—Te he visto mil veces con una espada en las manos y conozco de la nobleza de tu corazón...

—Eso no es suficiente —lo interrumpió el muchacho—. Todo el mundo habla de tu arrojo en combate, tan fiero como el de nuestro padre y nuestro abuelo. Todo nuestro linaje; escogidos por los dioses. Yo aún tengo todo por demostrar y sé lo que se espera de mí. Que sea digno de ti, que sea digno de todos. Quiero serlo.

Thorlak suspiró hondamente y, por un momento, sintió un peso enorme sobre sus hombros. Aquel con el que lo habían cargado a él y aquel del que quería liberar a su hermano pequeño.

—Thorir, voy a decirte dos cosas que no debes olvidar jamás —empezó a hablar con voz queda—. La primera es que mi espada no me habla durante la noche. —Los dos sonrieron ante aquella aseveración—. La segunda es... En el campo de batalla de un territorio enemigo, como en el

propio, lo único que hay son hombres con espadas y escudos y lanzas y arcos y flechas... y ansias de matar. Y lo único que te separará de un hueco en las odas de los héroes o de una muerte rápida e indiferente serán tu propio valor y tus manos. No hay elegidos en la guerra; solo hay vencedores y vencidos. Procura estar siempre entre los primeros y la leyenda se alzaré sola.

—¿Tratas de decir...?

—Que no soy mejor que ninguno de ellos —respondió, mientras recorría con la mirada a los hombres y mujeres que seguían enzarzados en los quehaceres del clan—. Puede que el hecho de que ellos lo crean hace que se sientan más seguros y confiados. «¡Demonios, nos guía un elegido de Odin!». Ellos pueden creerlo, pero tú no. Tú debes ser consciente de la verdad y de tus vulnerabilidades. No somos inmortales, aunque dejaremos hasta el último aliento de vida para que nuestros nombres sí lo sean. No busques leyenda en el campo de batalla. Busca solo sobrevivir. Y si lo haces muchas veces, empezarán a hablar de ti.

Thorir esbozó una sonrisa amarga mientras su mirada se descolgaba hacia el suelo.

—Sobrevivir. Suena muy simple.

—Es muy simple. Y a la vez, muy difícil.

La noche se había tornado desapacible y de la cantidad de hogueras que habían salpicado el niveo valle al crepúsculo, apenas quedaban dos o tres, sacudiéndose en un baile frenético de llamas y viento. A lo lejos, este silababa entre los huecos del angosto desfiladero por el que habían llegado, hacía ya casi dos ciclos lunares. Más allá de eso, el silencio era un fantasma que se había alzado y retozaba en el campamento, amenazando a cualquier otro sonido que osase desafiarlo.

Thorir levantó la cabeza en el interior de la tienda de campaña que compartía con su hermano. Thorlak aseguraba que no era un elegido de

los dioses, aunque todo su clan y buena parte de las huestes enemigas lo creyeran así, presos de la leyenda que se ceñía sobre su estirpe, pero verlo dormir con aquella placidez a pocos días de abordar una incursión del calado de la que habían preparado durante los últimos meses del severo invierno, lo hacía dudar de ello. Se arrodilló y se acercó hasta el catre de su hermano. Más allá de la calma que desprendía, ver a Thorlak dormir no tenía nada de particular, pero su fascinación había caído presa de Uoervinnelig, su espada, la invencible, tendida a su lado como una fiel amante. La lona de la tienda se agitaba, espoleada por el viento y los argénteos rayos de la luna creciente lograban abrirse paso para derramarse sutilmente sobre el acero, reflejando en su hoja un brillo puro e inmaculado. Observó su empuñadura, deleitándose con los intrincados grabados que la componían. Una espada de oro y plata. Una espada digna de dioses. Suspiró en silencio y mientras la sujetaba, el corazón se le encogió en el pecho, orándole precisamente a estos para que su hermano no se despertase.

Abandonó la tienda y escuchó unas risotadas a lo lejos. Había apenas unos pocos hombres montando guardia, aunque, aparentemente, ninguno de ellos lo vio alejarse. Se arrebujó en la gruesa capa de pieles que llevaba puesta y se adentró en la espesura, buscando una necesaria intimidad. La encontró, cerca de los riscos y allí, el colérico océano se alzaba como un digno rival del cielo.

Thorir sonrió mientras blandía la espada y efectuaba con ella elegantes movimientos sesgando el aire. El zumbido de la hoja lo sumía en un placentero deleite que prolongó mientras pudo.

Los mechones de cabello rubio ya se le adherían a la frente cuando tomó conciencia del tiempo que llevaba allí, practicando. Y sin embargo, no fue eso lo que lo detuvo, sino un seco impacto en la oscuridad. Se volvió hacia los riscos y comprobó que aún debían de faltar varias horas para el alba. Inmóvil, escrutó la negrura esperando algún movimiento, pero lo único que se hizo presente fue su sensación de ridículo. Con la espada sobre el hombro, caminó, ascendiendo a través del rocoso promontorio, en cuya base rompían las olas, pero lo que encontró al asomarse distaba mucho de aquella visión. La enorme cabeza de un dragón lo saludó y por un momento sintió que le faltaba el aire. Respiró de nuevo al comprobar que era una talla de madera. Un drakkar que, con toda probabilidad, debía de haber varado allí, arrastrado por las fuertes corrientes. Se asomó, tratando de localizar el rastro de alguno de sus tripulantes, pero las crestas de espuma lo ocultaban todo bajo su negro telón. Dio media vuelta con la férrea voluntad de regresar al campamento y avisar a los suyos, pero la hoja de una espada lo disuadió al instante y, con ella, tres figuras desconocidas le cortaron el paso. El instinto llevó a Thorir a mover la espada, pero apenas había pensado en ello, un puño le golpeó en la cara y un segundo impacto lo dobló de rodillas. No tenía ni la más mínima idea de quiénes eran aquellos desconocidos, pero si le hubieran dicho que

estaban hechos de roca se lo habría creído. ¡Por Odín, cómo dolía!

La espada había caído debajo de él y atisbó su reflejo distorsionado en la hoja. Pensó en su hermano, en su padre y en su abuelo. ¿Los golpes de unos maleantes podrían, acaso, con él? ¿Qué contarían los escaldos sobre Thorir, el hermano pequeño de Thorlak, el hijo de Atli, el nieto de Grimm? Un arrebató de furia acudió en su ayuda y sus rodillas lo alzaron como un resorte, acompañando a su puño, que no encontró objetivo alguno antes de que un nuevo golpe lo oscureciera todo a su alrededor.

Capítulo 2

2. Un extraño viaje

Cuando abrió los ojos sintió que el rostro le latía. Trató de incorporarse sin llegar a conseguirlo del todo y se mantuvo sentado sobre una rocosa playa. Una sombra gigantesca se alzaba ante él y no tardó en comprobar que se trataba del drakkar que había avistado. Se revolvió, nervioso y tras él, volvió a encontrarse con las tres figuras.

—Ni se te ocurra volver a intentarlo, bárbaro helado —lo amenazó una voz femenina.

—¿Bárbaro helado? —espetó la de un joven—. ¿Qué clase de insulto es ese?

—Cierra el pico, Urd.

—A sus órdenes...

—¿Qué queréis?

A Thorir no le pasó inadvertido el hecho de que la joven de cabello negro que había hablado en primer lugar, sujetaba la espada de su hermano con poca o nula intención de devolvérsela. No habló cuando él formuló la pregunta y, por contra, quien sí le ofreció una respuesta fue la tercera figura, un hombre bajito y de extravagante aspecto que se acercó unos pocos pasos para hablar:

—Hola, mi nombre es Adalsteinn y soy un veiledé.

—¿Eso significa enano imbécil? —espetó Thorir, molesto ante aquella situación.

Logró ponerse en pie y observó a la joven de cabello negro dar un paso hacia él. Adalsteinn extendió el brazo, solicitándole que se mantuviera tranquila.

—No —respondió con calma—. Significa guía de Yggdrasil. Conozco todos y cada uno de los caminos, mares y cielos de los nueve mundos. Por eso estoy aquí, para guiaros hasta Alfheim.

—¿Los nueve mundos? —exclamó Thorir, sorprendido—. ¿Guiarnos?

Trató de ocultar el desconcierto y mostrar firmeza en sus palabras, aunque lo cierto era que las preguntas le golpeaban como si su cabeza fuese el acero que trabajaba un martillo en la forja.

—No voy a ir con vosotros a ninguna parte.

—Lo cierto es que resulta bastante indiferente lo que quieras o dejes de querer —respondió la joven de cabello oscuro—. Te arrastraremos, si hace falta.

—Ella es Helga —intervino Adalsteinn—. Y él es Urd.

Thorir frunció el ceño, escrutándolos. Ambos vestían un atuendo oscuro, como el cabello de uno y otra. La piel del muchacho era oscura y parecía salpicada de quemaduras, mientras que el inmaculado rostro de ella era pálido, casi blanco.

—Verás, muchacho —continuó diciendo Adalsteinn—, hay varias razones por las que debes acompañarnos: la primera es que posees una de las armas de Hellig, forjadas con oro y plata sagrados. La segunda es que eres hijo de Midgard, uno de los tres mundos del tronco de Yggdrasil. Suponemos, por último, que sabes manejar un drakkar.

Thorir se mantuvo mudo. Aquello no podía estar ocurriendo. Debía de tratarse de una pesadilla. Sí, eso era. Por la mañana despertaría y se sentiría fatigado tras una noche de incómodo sueño. Tal vez, Thorlak se enteraría de que había tomado prestada su espada y le reprendería con cariño, pero...

Urd le dio un toquecito en el brazo, como si lo apremiase a salir de su silencio y pronunciarse. Thorir le dedicó una inquisitiva mirada y habló.

—Devuélveme la espada —le exigió a Helga.

La muchacha esbozó una sonrisa afilada y apoyó la punta en el rocoso suelo, como si lo desafiase.

—Necesitamos tu ayuda —insistió Adalsteinn—. Ven con nosotros, por favor. Te lo contaremos de camino.

—No voy a ir a ninguna parte.

—¡Maldito vikingo endemoniado! —escupió Helga—. Golpeémosle y subámosle al drakkar. Para cuando despierte ya será tarde.

—Inténtalo.

—Vale.

Un nuevo golpe, más dolor embotándole la cabeza y una recurrente y desagradable oscuridad, arrastrándolo.

Cuando abrió los ojos por segunda vez, atisbó un cielo de plomo. Las nubes habían encerrado al astro rey y las tormentas amenazaban con retrasar el deshielo. Pero ahora aquello no importaba porque ni siquiera estaba en el campamento, esperando con impaciencia para sumarse a la incursión. Hizo una mueca de dolor al moverse, con las manos atadas al mástil del drakkar. Trató de acallar las voces que sonaban en su cabeza, risotadas, burlas, palabras sueltas sin ton ni son, amenazas.

Helga se agachó frente a él, con una sonrisa triunfal en el rostro. Aún llevaba la espada de Thorlak y mantenerse sereno le exigió un enorme esfuerzo. Pero no le daría a aquella engreída el gusto de verlo revolverse inútilmente.

—Pronto entraremos en los mares de Niflheim y te necesitaremos.

—Qué lástima que yo no vaya a mover un dedo —respondió él, retándola.

Helga se acercó más, buscando intimidarlo, pero la llegada de Adalsteinn la hizo apartarse y ponerse de nuevo en pie.

—Déjame solo con él, por favor, Helga.

La joven obedeció y mientras se perdía a través de la cubierta del barco, Thorir alzó la cabeza, observando la enorme vela sacudida por un viento favorable que hacía avanzar al drakkar a buen ritmo, fuera cual fuese el destino de este.

—Escucha, lamento la penosa situación en la que viajas. Si tan solo me escucharas...

Thorir lo miró sin decir nada. Si prestar atención iba a permitirle dejar de viajar como un vulgar reo, tal vez pudiera disponer de la oportunidad de escapar, de modo que se mantuvo en silencio y mostró una muda predisposición a escuchar a Adalsteinn.

—Los materiales de los que está forjada tu espada —empezó a decir este—, se conocen como gullsølv y fueron robados hace mucho tiempo de

Alfheim, a los elfos de luz. El gullsølv se fundió y con él se forjaron armas, tales como la tuya. Pero ese no era su propósito. El auténtico fin era el de fraguar un escudo gigante conocido como Skjerme. Por un lado, el oro debía reflejar la luz del sol; por el otro, la plata, debía hacerlo con los rayos de la luna para mantener la luminosidad en Alfheim. Con la desaparición del gullsølv, los elfos de luz están sucumbiendo, convirtiéndose en elfos oscuros que emigran a las tierras de Svartalfheim. Pero allí hay ya demasiados y los enanos, que también moran ese oscuro paraje bajo la roca, han cerrado el paso. Los elfos que sucumben no pueden más que moverse en un errático vagar que no los lleva a ninguna parte. Si no solucionamos las cosas, el equilibrio en Yggdrasil se romperá. Helga, Urd y yo mismo embarcamos hace mucho tiempo, buscando el gullsølv robado. Y lo hemos encontrado. Solo resta tu espada.

Thorir había escuchado con suma atención, no porque realmente le preocupasen los problemas de aquellos elfos o del hombrecillo que le narraba sus desgracias, sino porque atado al mástil del drakkar, no hubiera podido optar por otra cosa. Sin embargo, no podía negar que aquel asunto resultaba inquietante.

—La espada es de mi hermano —respondió con soberbia—. Y antes, fue de mi padre y de mi abuelo. Los dioses se la entregaron... —murmuró.

La convicción había volado y la duda teñía su voz con una claridad que se le hizo molesta al ser consciente. Pero no podía hacer nada.

—Ningún dios se la hizo llegar a nadie.

—¿Qué son ellos? —quiso saber. De forma discreta señaló a Helga y Urd con la cabeza. Ambos se mantenían en la proa del drakkar, distribuyendo su atención entre el furioso mar y él mismo.

—Urd es un hijo de Muspellheim, las tierras de fuego. A él le fue entregada una parte del gullsølv. Helga es una elfa oscura. Antaño lo fue de luz, pero ese es el destino aciago que aguarda a los hijos de Alfheim, si no hacemos algo.

—¿Y para qué me necesitáis a mí?

—Por varias razones, como te dije: la primera es que ninguno de nosotros posee experiencia navegando en estos climas tan hostiles, pero hemos oído cosas sobre los vikingos y sabemos que sois diestros navegantes y que sabéis moveros en el frío. La segunda es que eres el propietario de la espada...

—La espada es de mi hermano, ya te lo he dicho —volvió a interrumpirlo.

—La tenías tú —escupió Helga desde la proa.

—Es de mi hermano —repitió él, molesto.

—¿Tiene tu hermano más valor que tú? —preguntó ella—. Porque si es así, tal vez deberíamos volver y buscarlo a...

—¿Hay alguna otra razón más? —bramó el muchacho, devolviéndole la mirada a Adalsteinn.

—Yo soy un guía de Yggdrasil, pero no habito en ninguno de los nueve mundos. Urd lo hace en las tierras de fuego, ubicadas en las raíces del fresno que representa Yggdrasil, y Helga lo hacía en Alfheim, en la copa del árbol, pero ya no puede volver allí ni tampoco entrar en Svaratalfheim. Como te he dicho, los enanos han cerrado el paso. Necesitamos al hijo de uno de los mundos que conforman su tronco. En Jöthunheim moran los gigantes; si los conocieras convendrías que no es prudente pedirles ayuda. Solo nos queda Midgard, el mundo humano. Por eso estamos aquí. La espada, el mundo... Todo nos lleva a ti.

—¿Y qué pretendéis que haga yo? ¿Manejar solo un drakkar? ¿Apalizar a los enanos?

—No estás solo en el drakkar —repuso Urd.

—No se puede manejar un drakkar con cuatro personas —se quejó Thorir.

—Tal vez no se pueda manejar con cuatro humanos —apuntó Adalsteinn con serenidad—, pero sí con nosotros. Cada uno remaré en un extremo; el tercero se ocupará de la vela y el cuarto, del timón. Seguiremos tus instrucciones y llegaremos hasta Niflheim. En los fuegos de Niohöggr fundiremos el metal y se lo entregaremos a los elfos, de regreso en Alfheim. Para llegar hasta allí, hay que atravesar los reinos centrales, pero los enanos no se opondrán si vienes tú, un hijo de Midgard. Cuando lo hayamos conseguido, te llevaremos de regreso con tu gente. ¿Qué me dices?

—Que es de locos.

Era de locos, pero había tres pares de ojos pendientes de su respuesta y parecía claro que la otra alternativa lo mantendría ligado al mástil del drakkar durante una travesía incierta. «Lo único que te separará de un hueco en las odas de los héroes o de una muerte rápida e indiferente serán tu propio valor y tu manos», le había dicho su hermano. Sus manos. En aquel momento carecía de ellas, de modo que más le valdría encontrar

el modo de contar de nuevo con ambas.

—De acuerdo —aceptó—. Os ayudaré, pero desatadme.

Adalsteinn sonrió y liberó a Thorir de la cuerda que lo había mantenido sujeto al poste. El muchacho se puso en pie, acariciándose las muñecas y suspiró hondamente, alzando la mirada hacia el velamen.

—Brazos a los remos, pues —musitó.

Urd corrió a tomar asiento sobre una de las bancas centrales del drakkar, lo cual permitiría mantener el rumbo de la nave recto. Helga lo imitó, con desgana, y ocupó el mismo asiento en la otra parte del barco.

—Mantén la vela así —concluyó Thorir, hablándole ya a Adalsteinn.

—¡A sus órdenes! —respondió este, entusiasmado.

Capítulo 3

3. Luz y tieniebla

Por la noche, la travesía había continuado, aunque el ritmo era menor. Los cielos grises habían quedado atrás y un manto de estrellas cubría la embarcación, que se mecía al arrullo de las aguas revoltosas. Con el viento soplando y llenando las velas, habían podido permitirse el lujo de darle descanso a los remos. Thorir viajaba sentado sobre la regala, admirando los hermosos contornos de la proa. El dragón tallado era enorme y su rostro, tan minucioso, que la primera vez que lo había visto, creyó que abriría la boca para achicharrarlo.

—Llevamos un ritmo fantástico.

La voz de Urd lo despertó de su deleite.

—Bien —respondió.

—¿Quién te ha enseñado a navegar?

—Mi hermano. Él me lo ha enseñado todo acerca de... todo.

—Pronto volverás a estar con él.

—Con él y sin su espada. Me va a matar.

—La espada no es suya —repuso Urd, con calma—. De hecho, ni siquiera debería ser una espada.

—¿Quién robó ese material con el que está forjada? —preguntó Thorir. Dio un saltito desde la regala y apoyó los brazos sobre ella, notablemente interesado en la cuestión que había formulado.

—Todos creen que fue Niohöggr, el dragón que habita en el helado mundo de Niflheim. Es un enemigo declarado de Yggdrasil y lleva tiempo luchando por destruir el árbol.

—Nifhlheim... ¿No es allí adonde nos dirigimos? Adalsteinn habló de los fuego de Niohöggr.

—Allí es. Solo su fuego puede fundir el metal de gullsølv. Lo hizo para destruir las posibilidades de que los elfos pudieran crear su escudo y ahora... deberá hacerlo para revertir el efecto.

—¿Y crees que aceptará?

—Lo que creo que es tenemos lo necesario para hacerle escupir un poco de ese fuego.

—Genial... —respondió Thorir. El silencio y la risa socarrona de Urd le hicieron comprender la situación. Deberían luchar contra Nihöggr y destruir la espada en su fuego. Se asomó más por la borda y observó la espuma que chocaba contra los tablones del drakkar—. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Pocas, supongo. Pero mira, estoy dispuesto a lo que sea para arrancarle el mal humor a Helga. No hay quien la soporte. Cualquier noche me despedazará. Duermo con una daga bajo el brazo, ¿sabes?

—¿Así son los elfos? Tenía entendido que eran amables y calmados...

—Así era. Una hermosa elfa de luz que resplandecía tanto como debía de hacerlo el Skjerme, el escudo. Créeme, no había una más bonita en toda Alfheim. Pero ahora, la oscuridad la ha arrastrado y la ha ligado a la amargura.

—Bueno... —Thorir alzó la mirada al oscuro horizonte y masticó las palabras antes de soltarlas—. A mí me parece muy hermosa.

—¿Hablas en serio?

—Sí, tiene un carácter endemoniado, pero... Esa luz de la que hablas no es más que una proyección. Te muestra de una forma u otra, según el ángulo, la fuerza... pero sigues siendo tú. Era hermosa, según dices y es hermosa, según veo. Si tan solo fuera...

Guardó silencio al percatarse de que Helga estaba detrás de ellos, con el rostro cincelado en una expresión inescrutable. La joven carraspeó y aquello fue como si hubiera desenvainado la más fiera espada. Urd corrió a través de la cubierta y tomó asiento en la última banca, despertando a Adalsteinn. Pero Thorir se mantuvo allí, agradecido ante la oscuridad que cubría su rubor y decidido a no mostrar flaqueza. Helga lo miró largamente hasta que al fin extendió el brazo, entregándole la espada de su hermano.

—Supongo que puedes llevarla hasta que llegemos.

Thorir la tomó y se limitó a asentir. ¿Qué más podía decir?

La oscuridad había quedado atrás y ahora los abrazaba algo más profundo aún, capaz de engullir a las propias tinieblas. El reino de Niflheim. Se oían susurros en la negrura y, por momentos, Thorir había creído ver algo moviéndose, emergiendo de las aguas para volver a hundirse con un sigilo envidiable para el tamaño que adivinaba.

El drakkar avanzaba despacio en un brazo de mar que se había estrechado y emulaba un río de aguas calmas. El frío era diferente allí, menos crudo, pero más estremecedor. De pronto, el drakkar se quedó clavado. Las aguas eran profundas y no se atisbaba obstáculo alguno que justificase lo sucedido, pero los cuatro sabían bien a qué se debía.

—Está aquí —murmuró Urd.

El hombre empuñaba una espada, igual que Helga, mientras que Adalsteinn sostenía un hermoso arco de considerable tamaño con la cuerda tensada y una flecha apuntando directamente al cielo. Thorir continuaba aferrado al acero de su hermano.

Los segundos cayeron como latidos lentos y acompasados en medio de una tensión que se hacía insoportable.

—Deberíamos salir del drakkar —apuntó Thorir.

Hubo un cruce de miradas y gestos de aprobación, pero entonces, todo se precipitó. Fue un látigo fustigando al cielo, negro, gigantesco y letal. Rugió y el mundo tembló bajo las aguas. El drakkar había volcado y Thorir nadó hasta la cercana orilla sin perder la espada. Tiró del brazo de Helga, que lo había seguido, mientras que Urd y Adalsteinn habían nadado hacia el otro extremo. Thorir lo miró y cada palabra de ánimo que su hermano le había insuflado se convirtió en su mente en una masa viscosa e ininteligible. Nada servía ante aquella amenaza.

Helga corrió, rebasándolo y hundió su acero en el abdomen del dragón, que apenas se sacudió, como si un molesto mosquito hubiera perturbado su paz. Urd y Adalsteinn se unieron a la ofensiva y con esperanza o sin ella, el orgullo lo espoleó y terminó por hacer lo mismo. No sería el que se quedase atrás ni el cobarde que huyera o mirase mientras los demás peleaban. Solo debía ocuparse de sobrevivir. Y tal vez, si lo lograra una única vez ante aquella amenaza, resultase suficiente par hacerse un hueco en los escaldos. Su espada sesgó, hirió y desgarró durante un tiempo eterno.

—¿Dónde está Helga? —preguntó a voz en grito.

—¡Allí! —berreó Urd.

La vio entonces y no pudo dar crédito. La elfa trepaba por el cuerpo de la bestia, resistiendo las continuas sacudidas. Niohöggr tenía una piel rugosa y no debía de ser difícil hallar asideros en ella, pero moverse a través de su elevada estatura sin caer era otra cosa. Estuvo a punto de ocurrir en un par de ocasiones, mas su esfuerzo y tenacidad, sumados a una agilidad asombrosa, resultaron suficientes para que Helga alcanzase la cabeza del dragón. El bramido fue un trueno cuando su espada se hundió en la frente de la colosal bestia, arrancándole el ansiado fuego de las entrañas. Lo proyectó hacia todas partes y durante un tiempo, Thorir no pudo ver nada, no pudo oír nada. Solo ocultarse de la desagradable sensación de la piel levantándose ante un calor abrasador. Duró unos segundos eternos; tal vez, unos minutos. Juraría que incluso unas horas. Pero pasó y la temperatura se desplomó de nuevo mientras la cabeza de Niohöggr seguía moviéndose enloquecida.

Thorir soltó la espada y corrió hacia Helga, cuyo cuerpo, cubierto de quemaduras, permanecía tendido en el suelo.

—¡Hay que irse! —gritó Urd—. No podemos vencerlo.

Thorir cargó con la elfa y miró a Adalsteinn, que sostenía la espada de su hermano. El fuego aún ardía en los árboles cercanos y aunque aquello era un deber, el hombre lo miraba, como si solicitase su permiso. No estaba haciéndolo realmente, pero Thorir asintió, mientras en su interior le pedía perdón a Thorlak. Al fin y al cabo él mismo le había asegurado no ser ningún elegido; tampoco lo sería su espada y con un arma u otra, su hermano contaría con el valor y las manos, únicas herramientas necesarias para alzarse en leyenda.

Adalsteinn arrojó la espada al fuego y la llama restalló, renovada.

Durante toda la jornada, habían llegado barcos y más barcos, procedentes de Svartalfheim. Los elfos volvían a su hogar. Thorir los observaba sentado en el hermoso puerto, rodeado de enormes árboles frutales que harían las delicias de su clan. Pensó en Thorlak y en las carretas que lograrían cargar allí con toda esa comida.

La vio acercarse y reprimió el impulso de ponerse en pie. No quería mostrar nerviosismo. Algo en ella era diferente, irradiaba una luz serena

y... No, no era eso. Lo distinto era que sonreía.

Helga tomó asiento a su lado y observó también los hermosos barcos élficos acercándose.

—Quería darte las gracias, vikingo.

—No he hecho nada —respondió él, sin mirarla—. Fuiste tú la que se subió a ese dragón y... cielos —exclamó, sonriendo—, aún no puedo creerlo.

—Has hecho mucho más de lo que crees. Nos guiaste, luchaste, entregaste la espada sin oponerte.

—Sin oponerme... Me diste unos buenos mamporros. Digamos que fueron argumentos convincentes.

La miró y Helga hizo más amplia su sonrisa. Le brillaban los ojos y podía sentir su fresco aliento rebotándole en la cara.

—Viste luz donde yo solo veía oscuridad. Fuiste... como un Skjerme para mí.

—Por lo que sé —respondió él— el escudo solo refleja una luz que ya existe. Admiro más la luz que gobierna en la tiniebla que a la propia luz en sí. Es la oscuridad lo que le concede valor.

—Gracias por todo, Thorir.

Se acercó y el beso lo tomó desprevenido. Nunca había sentido algo así: fue como una brisa de verano acariciando los campos en flor, como el débil murmullo de un riachuelo; fue la calidez del sol convertida en un dulce embriagador que le dejó el sabor amargo de una necesidad apremiante cuando se apartó.

—De nada —susurró—. ¿Volveré a verte?

—Quién sabe, vikingo...

Helga desapareció tras él mientras Thorir sonreía, observando aún los barcos élficos.

—¡Hora de volver a casa! —gritó Adalsteinn desde lejos.

—Ya voy.